

rido desafiar la sala entera. Se retorció el mostacho, giró sus grandes ojos, hizo palpar las ventanas de su nariz y sopló formidablemente, como si se ahogase de cólera por alguna injuria que mereciese la destruccion del género humano.

Matamoros, en aquella ocasion, habia sacado del fondo de su cofre un traje casi nuevo que no vestia sino en las grandes solemnidades, y cuya estravagancia cómica y énfasis grotesco hacian resaltar más todavía su fenomenal delgadez. Aquel traje consistia en un jubon combado como un corselete, y cruzado de líneas diagonales alternativamente amarillas y rojas que convergian hácia una hilera de botonés. La punta del jubon le descendia hasta el bajo vientre; los bordes y las sisas estaban adornados con salientes acolehados de los mismos colores, y líneas parecidas á las del jubon describian espirales al rededor de las mangas y de los calzones. Si á uno se le acudiese la idea de poner medias encarnadas á un gallo, tendria idea de las tibias de Matamoros. Enormes borlas amarillas se abrian como coles sobre sus zapatos acuchillados de encarnado; ligas de flotantes puntas oprimian encima de la rodilla sus piernas tan desprovistas de pantorrillas como las patas de la garza real, y una gorguera montada en carton, cuyos almidonados pliegues dibujaban una série de 8, le rodeaba el cuello y le obligaban á levantar la barba, actitud favorable á los despropósitos de su papel. Su tocado consistia en una especie de fieltro á lo Enrique IV, recogido por un lado y adornado con plumas encarnadas y blancas. En su espalda, y de los mismos colores que el resto del traje, le flotaba una capa burlescamente recogida por una descomunal tizona, á la que el peso de una maciza empuñadura hacia levantar la punta. Al extremo de aquel largo estoque, que hubiera bastado para ensartar diez sarracenos, pendia un roseton delicadamente labrado con alambres muy delgados, representando una telaraña, prueba palpable del poco uso que hacia Matamoros de aquella terrible má-

quina de guerra. Los de entre los espectadores que hubiesen disfrutado de buena vista hubieran tambien podido ver la bestiolilla de metal, suspendida al extremo de su hilo, guardando perfecta quietud, y como segura de no verse turbada en su trabajo.

Matamoros, seguido de su criado el Intrigante, al que amenazaba sacar un ojo con la espada, midió con sus piés dos ó tres veces el escenario, haciendo resonar sus tacones, hundiéndose el sombrero hasta las cejas, y haciendo cien pantomimas ridículas que hacian desternillar de risa á los espectadores; por fin se detuvo, y colocándose delante de las candilejas, empezó un discurso lleno de chácharas, de exageraciones y de bravatas, poco más ó menos del tenor que sigue, y que hubiera podido demostrar á los eruditos que el autor de la comedia habia leído el *Miles gloriosus* de Plauto, antepasado de la generacion de los Matamoros:

—Hoy quiero dejar mi matadora algunos instantes en reposo en la vaina, y dar á los médicos el cuidado de poblar los cementerios de los que yo soy el gran proveedor. A quien como yo ha destronado el Sofi de Persia, á quien ha arrancado por las barbas al Armorabaquin del centro de su campamento y dado con la otra mano muerte á diez mil turcos infieles, derribado de un puntapié las murallas de cien fortalezas, desafiado la suerte, despellejado el azar, tostado la desgracia, desplumado como un ansaron el águila de Júpiter que rehusaba bajar al prado á mi voz, por temerme más que á los Titanes; sacado fuego con la piedra del rayo, reventado el cielo con la punta de los bigotes, bien puede dispensarsele algun momento de solaz y algunas distracciones. Por otra parte, el universo, sometido, no opone ya resistencia á mi valor, y la parca Atropos me ha hecho saber que sus tijeras habiéndosele mellado cortando el hilo de los destinados que segaba mi tizona, habíase visto obligada á mandarlas á un amolador. Así pues, Intrigante, tengo necesidad de sujetar con ambas mis manos mi valor, dar

tregua á los duelos, guerras, degüellos, devastaciones, saqueos, luchas cuerpo á cuerpo con los gigantes, matanzas de mónstruos á ejemplo de Teseo y de Hércules en lo que de ordinario desahogo la ferocidad de mi indómita bravura. Descanso. ¡Respire la muerte! Pero ¿en qué jolgorios pasa sus vacaciones y licencias el señor Marte, quien á mi lado no es más que un chisgaravís? Entre los blancos y delicados brazos de la señora Venus, quien, como mujer sesuda, prefiere la gente de guerra á toda la demás, y siente marcado desden por su cojo marido. Esta es la razon por la cual he querido condescender en humanizarme, y viendo que Cupido no osaba á atreverse á disparar su flecha de auríferá punta contra un valiente de mi calibre, le he hecho una señal alentándole. Y para que su dardo pudiese penetrar en este generoso corazón de león, me he despojado de la cota de mallas tejida con anillos dados por las diosas, emperatrices, reinas, infantas, princesas y grandes de todas las naciones, mis ilustres amantes, cota cuyo mágico temple me preserva en mis descabelladas temeridades.

—Esto,—dijo el criado, que habia escuchado este fulgurante trozo con las apariencias del más extremado contento,—significa, segun mi débil entendimiento puede deducir de una elocuencia tan admirable en retórica, tan adornada de palabras oportunas y metáforas redundantes, que vuestra valerosísima merced está herido de la fantasía por algun tierno retoño de la ciudad, esto es, que estais enamorado como un simple mortal.

—Verdaderamente,—replicó Matamoros con la mayor naturalidad,—has dado en el quid, y para ser escudero no te falta inteligencia. Sí, padezco la enfermedad de estar enamorado; pero no temas que esta debilite mi valor. El dejarse tundir sólo es bueno para Sanson, y para Alcides hilar la rueca. Dalila no se hubiese arriesgado á tocarme un cabello. Omfalo me hubiera sacado las botas y á la menor señal de resistencia se las hubiera hecho desenlodar. En mi ociosidad

se me ha acudido esta idea, humillante para un gran corazón: he vencido, es cierto, el género humano, pero no he sujetado más que á la mitad. Las mujeres, por su flaqueza, escapan á mi imperio. No seria decente rebanarles la cabeza, cortarles los brazos y las piernas, henderlas hasta la cintura, como acostumbro á hacer con mis enemigos masculinos. Estas son brutalidades bélicas que rechaza la cortesía. La derrota de su corazón, el rendimiento de su alma, el saqueo de su virtud, me bastan. Verdad que he sometido más mujeres que arenas tiene la mar y estrellas el firmamento, que llevo conmigo cuatro cofres llenos de cartas amorosas, tiernos billetes y misivas, y que duermo en un colchon relleno de rizos negros, castaños, rubios, rojos, de que las más púdicas me han hecho el sacrificio; pero todos estos triunfos los considero como derrotas, y no quiero de ningun modo una corona de laurel á la que falte una sola hoja; mi frente quedaria deshonorada. La encantadora Isabel osa resistirme, y aunque sean para mí bien venidas todas resistencias, no sufriré esta impertinencia, y quiero que ella misma, sobre una bandeja de plata, me traiga las llaves de oro de su corazón, de rodillas, suelto el cabello al viento, pidiendo gracia y merced. Ve á intimar la rendicion á esta plaza. Concedo tres minutos de reflexion: durante este plazo, el reloj temblará en la mano del Tiempo horrorizado.

Dijo, y Matamoros tomó una postura extravagantemente angulosa, de la que su delgadez excesiva hacia resaltar aun más la ridiculez.

La ventana permaneció cerrada á las burlonas intimaciones del criado. Segura de la solidez de sus murallas tras las cuales estaba guarecida, y no temiendo que abriesen brecha en ellas, la guarnicion, compuesta de Isabel y de Zerbina, no dió señal de vida.

Matamoros, que de nada se extraña, se admira sin embargo de aquel silencio.

—¡Sangre y fuego! ¡Tierra y cielo! ¡Rayos y cañonazos!

—exclamó haciendo erizar el pelo de su bigote como el mostacho de un gato atufado.—Ésas tales no se mueven más que cabras muertas. ¡Arbolen la bandera, pidan parlamento, ó derribo esa casa de un papirotazo! Le estaria bien á la cruel si quedase sepultada en sus ruinas. ¿Cómo te explicas tú, Intrigante amigo, esta defensa hircaniana y salvaje contra mis encantos que, como es sabido, no tienen rival en este globo terráqueo ni aun en el Olimpo habitado por los dioses?

—Muy naturalmente. Cierito Leandro, no tan gallardo como vos, sin duda, se ha procurado inteligencias en la plaza, por lo que vuestro valor se las há con una fortaleza tomada. Vos habeis seducido el padre, Leandro la hija: hé aquí todo.

—¿Leandro has dicho? ¡Oh! no repitas este nombre execrable y execrado, ó de rabia voy á descolgar el sol, entortar la luna, y tomando la tierra por los extremos de su eje, sacudirla hé de manera á producir un cataclismo diluvial como el de Noé ó de Ogigés. ¡Hacer á mis barbas el amor á Isabel, la señora de mis pensamientos! Chulo de Satanás, rufian patibulario, galanzete vagabundo, ¿dó estás? sal, y te rompo las narices, te dibujo cruces en el rostro, te ensarto, te acribillo, te reviento, te desentraño, te pisoteo y por fin te tuesto y aviento tus cenizas. Si te presentases ante mí durante el paroxismo de mi furor, el trueno de mis narices bastaria para enviarte más allá de los mundos entre los fuegos elementales; te lanzaria tan alto que no volverias á caer jamás. ¡Venir á roerme los zancajos! yo mismo me estremezco á la idea de los males y desastres que puede acarrear sobre la pobre humanidad tamaña audacia. ¡Leandro rival de Matamoros! ¡Por Mahoma y Tervagant! Las palabras, espantadas, retroceden y se resisten á expresar semejante enormidad; no puede reunírseles; aullan cuando se las agarra por el cuello para acercarlas, porque saben que tendrian que habérselas conmigo si se permitiesen esta licencia. Desde ahora Leandro ¡oh lengua mia! perdóname si te hago

pronunciar este nombre infame, puede darse por difunto é ir él mismo á recomendar su sepulcro al cantero, si es que tengo la magnanimidad de concederle los honores de la sepultura.

—¡Por la sangre de Diana! —dijo el escudero, —héle ahí que viene como de molde; el señor Leandro atraviesa precisamente la plaza á pasos contados. Vais á decirle bonitamente cuantas son cinco. ¡Qué magnífico espectáculo ofrecerá el encuentro de dos tan valerosos campeones! pues no os ocultaré que, entre los maestros de esgrima y prebostes de la ciudad, tiene fama de excelente espadachin. Desenvainad el acero, yo por mi parte vigilaré, cuando riñais, para que las rondas no os estorben.

—Los rayos de nuestras espadas las pondrán en fuga, y no se atreverán á penetrar en este círculo de llamas y de sangre. No te muevas de mi lado, mi buen Intrigante; si por capricho del azar fuese yo tristemente malferido de algún chirlo, recibirásme en tus brazos, —respondió Matamoros que gustaba mucho de ser interrumpido en sus pependencias.

—Hacedle valientemente cara, —dijo el escudero impeliendo á su señor, —y cerradle el paso.

Viendo que no habia medio de retroceder, Matamoros se caló el fieltro hasta los ojos, se atusó el bigote, colocó la mano en el puño de su descomunal tizona y avanzó hácia Leandro, á quien midió, lo más insolentemente que pudo, de piés á cabeza; pero era bravata pura, pues se oia castañetear sus dientes y se veian sus piernas temblar como cañas azotadas por el cierzo. No quedaba al valiente sino una esperanza, y era intimidar á Leandro con gritos, amenazas y fanfarronadas, tantas veces una piel de leon oculta un corazon de liebre.

—Caballero, —dijo, —sabed que yo soy el capitán Matamoros, de la célebre casa Cuerno de Cornazan, aliado á la no ménos ilustre familia Escobombardon de la Papirontonda, y descendiente de Anteo por línea femenina.

—¿Y á mí, qué? descendes de la luna si os place,—contestó Leandro con desdenoso movimiento de hombros;—¿qué me importan esas pamplinas?

—¡Cabeza y vientre! caballero; pronto lo sabreis; todavía es tiempo, despejad la plaza y os perdono. Vuestra juventud me mueve á lástima. Miradme bien. Yo soy el terror del universo, el amigo de la Seca, la providencia de los sepultureros; por donde yo paso, brotan cruces. Apenas si mi sombra se atreve á seguirme, tan peligrosos son los sitios á que la conduzco. Si entro, es por la brecha; si salgo, es por un arco de triunfo; si avanzo, es para tirarme á fondo; si retrocedo, es para romper; si tiendo, es á mi enemigo á quien derribo; si cruzo un rio, es de sangre, y los arcos del puente están contruidos con las costillas de mis adversarios. En medio de las refriegas, giro con delicia en torno mio matando, descargando hachazos, degollando, tajando, pinchando. Con mi hercúleo brazo agarro los caballos y los mando por los aires junto con el ginete, rompo como briznas de paja los huesos de los elefantes; en los asaltos escalo los muros con la sola ayuda de dos pipotes, y sumerjo mi brazo en la boca de los cañones para sacar de ellos las balas. El huracan solo de mi espada derriba los batallones como gavillas en la era. Si Marte me encuentra en el campo de batalla, huye de miedo de que no le aporree, dios de la guerra y todo como es; en fin, mi valor es tan grande, y el espanto que inspiro es tal, que hasta la hora presente, farmacéutico de la muerte, no he podido ver á los bravos mas que por la espalda.

—Pues bien, vais á ver uno cara á cara,—dijo Leandro, aplicando sobre uno de los perfiles de Matamoros una tremenda bofetada, cuyo eco burlesco resonó hasta el fondo de la sala. El pobre diablo tambaleó sobre sí mismo, cayéndose casi; pero un segundo bofetón no ménos vigorosamente aplicado que el primero, aunque en la otra mejilla, le hizo recobrar el equilibrio.

Durante esta escena, Isabel y Zerbina habian reapare-

cido en el balcon. La maliciosa doncella se desternillaba de risa, y su señora hacia á Leandro una señal amistosa con la cabeza.

Acompañado del tabelion, por el fondo desembocó Pandolfo quien, con los dedos abiertos y los ojos tamaños de sorpresa, quedó como petrificado al ver á Leandro zurrar la badana á Matamoros.

—¡Escamas de cocodrilo y cuernos de rinoceronte!—vociferó el fanfarron,—tu fosa está abierta, malandrin, bellaco, y voy á precipitarte en ella. Más te hubiera valido tirar de los bigotes á los tigres y de la cola á las serpientes en los bosques de la India. ¡Provocar á Matamoros! Pluton, con su horquilla, no se atreviera, pues le echaria del infierno y le usurparia á Proserpina. Ea, matadora mia, ¡sus! date al viento, muéstrate, brilla al sol, y que tu rayo tome por vaina el vientre de ese temerario. Tengo sed de su sangre, de su médula, de sus asaduras, y le arrancaré el alma de entre los dientes.

Y hablando así, Matamoros, con tensiones nerviosas, girando las pupilas, dando chasquidos con la lengua, parecia hacer los más prodigiosos esfuerzos para extraer de la vaina la rebelde hoja. El pobre sudaba la gota gorda, pero la prudente matadora no queria moverse de casa aquel dia, sin duda para que la humedad de la atmósfera no empañase su pulido acero.

Fatigado de aquellas burlescas contorsiones, el galan envió á rodar de un puntapié el fanfarron al otro extremo del teatro, y se retiró despues de saludar con exquisita gracia á Isabel.

Matamoros, que habia caido boca arriba, movia sus dise-cados miembros como langosta vuelta al revés. Cuando, con la ayuda de su escudero y de Pandolfo, se hubo levantado y estuvo bien seguro de que Leandro se habia ido, gritó con voz jadeante y como entrecortada por la rabia:

—Por favor, Intrigante, envuélveme en bardas de hierro;